

secular y regular como la vanguardia del orden social cristiano, y a los católicos como cuerpo del ejército», escribe Fuster (p. 495).

En definitiva, el volumen refleja en profundidad la influencia fundamental de la Reforma en la concepción moderna del trabajo y las semejanzas y diferencias con el pensamiento católico, en concreto con el de Josemaría Escrivá. Al final del libro, como ya señalamos, se recoge el encuentro informal que tuvieron los participantes del Congreso con el actual Prelado del Opus Dei, monseñor Fernando Ocáriz. Al hilo de las preguntas que, de modo espontáneo, le fueron haciendo algunos profesores, el teólogo y prelado ahondó en rasgos esenciales de las enseñanzas de Escrivá. Subrayó la raíz evangélica del pensamiento del santo; el aspecto subjetivo de su mensaje –todos los hombres están llamados a la santidad– y objetivo –toda lo creado puede dar una mayor gloria a Dios a través de la actividad humana–; la relevancia del fin por el cual el hombre actúa –el amor a Dios y el servicio a los demás hombres– relacionado con el modo cómo se trabaja; y la posibilidad de tratar a Dios en cualquier circunstancia en la que se vive, también en el quehacer cotidiano.

Catalina Vial de Amesti

Antonio SCHLATTER, *Trabajo del hombre, trabajo de Dios. La dignidad del trabajo manual en las enseñanzas de san Josemaría Escrivá*, Madrid, Rialp, 2017, 133 pp.

Estamos ante un ensayo en el que el autor estructura y desarrolla sus ideas acerca del trabajo, de modo personal y con un estilo sugerente, lleno de imágenes y metáforas que contribuyen a una lectura amena en la inmersión del profundo calado teológico del tema. Se vale para ello de los textos que san Josemaría nos ofrece sobre el trabajo, especialmente de la homilía *Amar al mundo apasionadamente*, publicada en el libro *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, la obra que más cita nuestro autor. No resulta anecdótico señalar que el segundo texto más recurrido es la encíclica *Laudato si* del Papa Francisco: el dato manifiesta la voluntad de prestar atención a una teología de las realidades terrenas opuesta a un espiritualismo desencarnado, que el Fundador del Opus Dei desveló y combatió con su “materialismo cristiano”.

En la intención del autor se abre paso el deseo de dignificar y realzar el trabajo manual, rescatándolo del prejuicio –ampliamente difundido– de concebirlo como labor de segunda categoría. Con ese fin, inicia un recorrido constituido por un tríptico de varias etapas: en el primero de ellos Schlatter nos hace considerar la importancia del tacto y el valor de la manos (*El alma que sale de las manos*); la dignidad de la materia y su apertura al espíritu (*La sobreabundancia de lo material*); el mundo apasionadamente amable y la nueva ecología emergente como antídotos de la pérdida de sentido de la materia (*Laudato si*). Efectivamente, «las manos, la materia y el mundo [...] forman esa terna esencial

en la que se juega la impresionante posibilidad de que lo divino y lo humano de verdad se toquen» (p. 17).

En el segundo tramo se evidencian tres cauces del amor apasionado de Dios por sus criaturas: el sentido escatológico de toda labor humana y, en concreto, del trabajo manual (*Realismo escatológico*); el Amor hecho materia en la Eucaristía (*Confeccionar la Eucaristía*); y el Amor Encarnado en un Dios que se hace artesano («¿No es acaso el carpintero?»). Finalmente, en la tercera parte del libro se tratan los tres ámbitos en los que el ser humano aprende a ejercitarse en los trabajos manuales: las tareas domésticas que hacen revivir el ambiente de la Sagrada Familia (*Dios está en los pucheros*); la propia sociedad en la que se desarrolla el trabajo profesional del cristiano (*Llamados para trabajar*); y el contexto universitario que, además de ser el de la homilía *Amar al mundo apasionadamente*, ofrece –según el autor– base y desarrollo para todo trabajo digno (*Entusiasmar a un mundo cansado*). Un capítulo conclusivo (*El último romántico*) rememora la figura de san Josemaría en torno al título de la Homilía del *Campus* y en detalles de su amor a la Virgen.

El texto ofrece abundantes ideas dignas de profundización, como la actual pérdida de sentido de la materia, el círculo hermenéutico ‘Santa Misa – trabajo’, la falsa distinción entre oficios serviles y oficios liberales, etc., que el autor no lleva a cabo porque no es su propósito ni el carácter del libro lo aconseja.

Aunque entendemos y valoramos la intención de estas páginas de dignificar y rescatar el trabajo manual –y más en concreto el trabajo doméstico, que además de arte requiere corazón–, cabe preguntarse si vale la pena insistir en la distinción ‘trabajo manual – trabajo intelectual’. Si el trabajo es actividad del hombre entero –cuerpo y espíritu–, en todo trabajo manual habrá actividad intelectual, y todo trabajo intelectual se explicitará con las manos. Curiosamente, la actual falta de valorización o ‘no consideración’ del trabajo manual contrasta con la situación opuesta que se dio en la época medieval, cuando las nuevas órdenes mendicantes defendieron la no obligación del trabajo manual y el derecho a vivir de limosna, sin recurrir a la consideración del estudio de la Sagrada Escritura y la preparación de la predicación como auténtico trabajo –intelectual–, merecedor de ser retribuido con la limosna de los fieles. Quizá se perdió una gran ocasión para iniciar una teología del trabajo, que se retrasaría hasta el siglo XX. En cualquier caso, nos parece entrever que las dos posiciones opuestas –la actual falta de consideración del trabajo manual y la medieval falta de percepción del trabajo intelectual como verdadero trabajo– tienen sus raíces comunes en una antropología insuficiente. Como justamente señalaba san Juan Pablo II en *Laborem exercens*, n. 24, «dado que el trabajo en su aspecto subjetivo es siempre una acción personal, *actus personae*, se sigue necesariamente que en él *participa el hombre completo, su cuerpo y su espíritu*, independientemente del hecho de que sea un trabajo manual o intelectual». Precisamente, es la unidad del ser humano lo que permite afirmar que todo trabajo santificado –ofrecido a Dios y realizado con perfección humana– es oración, puesto que todo el obrar –no sólo el pensamiento, sino también la acción física– manifiesta la comunión con Dios que

existe en el corazón: es la oración de las obras. Lo confirma el *Catecismo de la Iglesia Católica* en el n. 2745: «Oración y *vida cristiana* son *inseparables* porque se trata del mismo amor y de la misma renuncia que procede del amor [...]. ‘Ora continuamente el que une la oración a las obras y las obras a la oración. Sólo así podemos cumplir el mandato: Orad constantemente’ (Orígenes, *De oratione*, 12, 2)».

Para san Josemaría transformar el trabajo en oración significa tener alma contemplativa. Es así como el trabajo del hombre se convierte en trabajo de Dios: ofrecido a Dios y hecho por Dios presente en el alma en gracia.

Vicente Bosch